



CAPITULO VI

**Aparecen personajes que el lector no debe de haber
echado en olvido**



El primer cuidado al verme libre fué saludar á mis amigos y visitar el convento del Carmen, que encontré muy cambiado por los derribos que había mandado hacer el Gobierno. El convento, en vez del sabio Nájera, tenía como prior al revoltoso Fray Joaquín de San Alberto.

Naturalmente, fuí á ver también á mi excelsa patrona doña Mencía, que estaba tan fresca, guapa y rozagante como el día que la dejé para irme de aventura por esos mundos. Regaba una macetita de albahaca cuando entré á la casa con gran estruendo de espuelas y sable, gritando como un desesperado y queriendo meter muchísimo ruido.



— ¡Ay, *hachero* (1) de mi vida! Ya creía que no lo volvía á ver. *Dende que aque* estaba preguntando por usted sin que nadie me diera razón. ¿Con que iba á estacar la zalea?

(1) Los mote de *hachero*, *tagarno*, *chinaco*, *colorado*, impío, demagogo y otros, se daban á los liberales; los de *mochos*, *cangrejos*, *reaccionarios* y *retrogradados*, á los conservadores. *Hacheros*, según parece, se apellidó á los liberales porque en uno de los sitios de Guadalajara, la plebe que se unió á los asaltantes rompió puertas con hachas y cometió robos y desmanes. *Chinaco* y *colorado* deben de haber tenido por origen

¡Ah, qué Juanito tan tracista! ¡Dios lo haga un santo!... Aquí, todo en su lugar... El pobre don Rómulo (y una lagrimilla importuna mojó las largas pestañas de aquel espejo de las pupileras) murió hace seis meses: unas calenturas que no cedieron con el cuerno de venado, ni con la manteca de vinagre lavada en nueve aguas, que es tan fresca, ni con la rosa de Castilla con unto; se lo llevaron al cementerio.

— Y de seguro la dejó á usted su única y universal heredera.

— Cualquier cosa; unas cuantas casitas, un rancho por Cuquío y una miseria de dinero; pero, en fin, se portó como un caballero.

— ¿Y no hubo sucesión?

— Mire, hablador, *lengón*, lengua larga, no me ande diciendo esas cosas, porque me enoja con usted y no le vuelvo á hablar! Bien se conoce que anda metido con esa chinaca brava, que es capaz de levantarle un falso á María Santísima.

el uso de las blusas rojas características al principio de los guerrilleros del Norte y después de todo el ejército liberal, semejantes á los trajes de las *chinas* poblanas. *Mochos*, según parece, se llamó á los conservadores reclutados en México en 1858, que no teniendo chacós usaban sombreros de palma con el ala cortada y con una tira blanca que decía: «Viva la religión». Lo de *cangrejos* tuvo origen en la famosa canción de Guillermo Prieto. *Tagarnos* se llamó á los rifleros neclonenses que trajo Vidaurri, según se cree por una bolsa en que portaban tabaco de pésima clase (*tagarnina*).

Contenté como pude á la indignada señora, y le pregunté por el padre don Esteban.

— No me diga de él, Juanito; que los muchachos como usted se anden en estas cosas, es malo; pero los sacerdotes, que toman á Dios con sus manos, ¿cómo han de hacer eso sin mancharse? ¡Jesús, qué cosas! Vivir para ver. ¿Y sabe que esta pobre vieja, fabricante de chocolate, que se mantiene de vender caramelos á los chiquillos...?

— Y de las rentas de las casitas que hereda de los solterones.

— ¡No me interrumpa, malcriado! ¿Sabe, digo, que esta momia con el pie en el sepulcro, ha empleado largas horas en hablar bien de un ingrato que me está escuchando?

— ¿Y quién gustaba oír hablar de mí, señora doña Mencía de mi alma?

— La muchacha más guapa, más recatada, más graciosa y más buena de toda la ciudad.

— ¿Y dónde está esa perla que se ocupa de mí, para buscarla y darle las gracias?

— Eso no lo ha de saber, porque tengo prohibido decírselo, y porque no lo merece.

— ¿Será acaso la niña...?

— Usted pica bien, pero muy alto.

— ¿Quizás será doña...?

— ¡Ni por asomo, calaverón!

— Pues ¿quién es? ¿qué señas tiene?

— Tiene los ojos más lindos, el color más rosado, el pelo más negro y el cuerpo más elegante que yo conozco.

— Pues conoce usted poco. ¿Y dónde vive?

— Aquí.

— ¿En esta casa?

— En esta tierra, en Guadalajara.

— ¿En qué calle, en qué casa?

— Anda usted esta cuadra, se encuentra con una casa muy grande, muy grande, y allí, en los altos, la halla usted pensando en el bellaco que le ha traído tanto daño y á quien no puede olvidar.

— Aquí derecho está... el convento de Santa Mónica... Trini... ¡Mencía, por Dios! ¡no gaste usted esas bromas!... ¿Es posible...?

— Y poderoso... Ayer, nada menos, acabamos el *trido* que hicimos á la *Preciosa sangre* porque salieran bien de su encierro usted y los demás herejes que estaban presos. Antes habíamos rezado las *Tres Necesidades*, la novena de Santa Rita de Casia y el *Sábado Mariano*, y habíamos empezado los *Trece Viernes* de San Francisco.

— Pero si Trini es monja...

— No diga usted disparates; novicia, señora de piso, asilada en el convento, lo que usted quiera; pero monja... monja...

— Pues Aurelio Luis Gallardo refirió el caso y dijo haber presenciado la toma de velo.

— Pues Aurelio Luis Gallardo se burló de usted, ó á él mismo le engañaron, porque no ha habido tal toma de velo... Sí llegó á decirse la cosa y hasta á señalarse día; pero no se decidió la interesada, y es tan monja á la fecha como usted y yo.

— ¿Y podría verla?

— No sea usted tonto. La tiene tan agraviada, que no quiere siquiera saber de usted.

— Siendo yo el agraviado...

— No, quien se portó mal, como se portan todos los hombres, fué usted, que dejó de escribirle, creyó en su traición y no pidió explicaciones.

— ¡Explicaciones, para que se quedaran en poder de la tornera del convento!

— Bueno, hombre, no hay que acalorarse ni que tomar las cosas por la tremenda. No lo hizo usted, y vamos á ver qué *remiendo* tiene eso.

— ¿Usted me ofrece hablarle, interesarse por mí, gestionar mis asuntos como si fueran propios?

— ¡Hijo, qué prisa! No estoy tan vieja que merezca dedicarme á ese oficio; pero, en fin... por ser á usted... y me lanzó una de esas sonrisas que son la especialidad de los dependientes de tienda de ropa.

Al día siguiente, muy temprano, estuve á ver á Men-

cía; pero no era de visita en el convento. Por la noche, me encontré á Guillermo Prieto subiendo la escalera del Palacio.

— ¿Sabes que esta noche nos vamos? Si quieres venir con nosotros, yo le hablo á don Benito. Te echas una paseadita por mar y paramos quién sabe en dónde, probablemente en Veracruz, donde Zamora está *como tranca*... Pero, ya sabes: *pico de cera*; te lo comulgas, porque hasta ahora no hay nada decidido. Tú, trae tus *tiliches* á las nueve, procura que sea lo menos *bromoso* posible, y ten listos tu caballo y tus armas.

Arriba me encontré á Leandro del Valle; lo sondeé; pero el maldito no quiso soltar prenda. Sin embargo, urgido por mi labia, me confesó que él también era de la partida.

Apenas tuve tiempo de despedirme de la noble pupilera, dejándole un papelito para Trini, porque la hora llegaba más que de prisa. A las nueve, el Palacio estaba convertido en una imagen del Valle de Josafat. Mundos, baúles, maletas, almofrejes, mulas que se cargaban, mulas que se descargaban, arrieros que blasfemaban, *sabaneros* y arriadores que echaban por el aire reatas de siete hilos, oficiales que arrastraban por el suelo sable y espuelas examinando de paso el bocado de sus bestias, y cova-chuelos que remachaban cajones llenos de papeles amarillos.

... El palacio estaba convertido en una imagen del Valle de Josafat

